

Ecos actuales de una guerra

Ignacio Solares



Batalla de Sacramento, terrible carga de los lanceros mexicanos, contra el ejército norteamericano, el 28 de febrero de 1847, Álbum Pintoresco de la República Mexicana

Si bien es cierto que la historia la escriben los vencedores, hay otra memoria mucho más profunda que se va quedando en la memoria colectiva, una escritura que tiene más que ver con el dolor, con el trauma, con el recuerdo reprimido, porque en muchos casos las fronteras —como la que divide a nuestro país con los Estados Unidos— son como las cicatrices que va dejando la historia en la piel de los pueblos. Muchas de ellas, es obvio, sin terminar de cerrar.

En este sentido, el libro *Ecos de la Guerra entre México y los Estados Unidos*, compilación de Krystyna M. Libura, Luis Gerardo Morales Moreno y Jesús Velasco Márquez, es una afortunado rescate —hermosamente editado e ilustrado— de uno de los pe-

riodos más traumáticos e imborrables de nuestra historia.

La bárbara y salvaje invasión de 1847, que culmina con la anexión de los territorios de Texas y Nuevo México, como todos los recuerdos reprimidos, sigue pesando en el corazón —en el corazón más secreto— de nuestra propia identidad nacional. No es casual que *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, aguda meditación acerca del ser del mexicano, arranque en sus primeras páginas con la descripción del pachuco y de las formas en que lo mexicano se manifiesta en la vida cultural de nuestros paisanos allende el Río Bravo. Para Paz los mexicanos somos producto de dos negaciones: la de lo español y la de lo norteamericano. Pero si lo español es ambivalente

y finalmente esencial para nuestra conformación nacional, como lo es para toda Hispanoamérica, la agresión norteamericana de 1847 tiene los rasgos evidentes de una tragedia que no cesa. “Estados Unidos es un gigante sordo ante los lamentos del prójimo. No nos oye, pero camina, y al caminar nos aplasta”, dice Paz. Hay que calcular que aplasta muy especialmente al vecino que tiene más próximo, más prójimo, en el sur.

Nací en Ciudad Juárez y estoy condicionado por ese hecho irreversible. Desde niño viví la fascinación por cruzar el puente del Río Bravo y acceder al espejismo “del otro lado”, y a la vez la humillación —física y psicológica— de los guardas norteamericanos.

Por lo demás, todos los días vemos a nuestros connacionales sufrir en carne propia, ya sea a través de las siniestras *border patrols* o en la explotación directa que viola los derechos humanos fundamentales de nuestros compatriotas.

Carlos Fuentes, a su vez, en los relatos que componen *La frontera de cristal*, pone el dedo en la llaga desde la metáfora esencial de su libro. Nuestra frontera es una frontera frágil porque todo el tiempo está a punto de romperse definitivamente. ¿Cómo no integrar a nuestro inconsciente colectivo, según el término de Jung, los innumerables sucesos que a lo largo de la historia reciente han realizado los Estados Unidos para conservar su poder, desde utilizar a Bin Laden en Afganistán para pelear contra los rusos o a Sadam Hussein para pelear contra los ayatolas? ¿Cómo confiar en un presidente como George Bush, que pasa por sobre las Naciones Unidas e inventa armas inexistentes para invadir Irak? ¿Y el supuesto Comando Norte para controlar la frontera con fuerzas binacionales que, sin remedio terminarían por depender del Pentágono? ¿No hasta se invitó al general Quiroga, que sería el jefe del comando norte a presenciar desde Palacio Nacional nuestras fiestas patrias? Por algo decía el San Antonio de Flaubert que la mayor trampa del diablo

consiste en hacernos creer que no existe.

Por todo lo anterior, me parece aún más admirable y más actual un libro como *Ecos de la Guerra entre México y los Estados Unidos*. Profusamente ilustrado con imágenes de la época, está dividido en dos partes: los testimonios americanos y los de nuestro país donde podemos atisbar desde cartas personales, diarios y otros documentos invaluable, hasta comentarios de historiadores y analistas de ambos países. En 1847, como ahora, los norteamericanos buscan la imposición de sus propios valores político-religiosos. Pero también 1847, con su bárbara anexión, nos presenta el nacimiento, entre los estertores de los mexicanos, de un gigante formidable, para volver a la imagen de Paz y el incipiente nacimiento de nuestra identidad nacional, cuando el pueblo salió a la calle a pelear con piedras y paños contra el invasor, convirtiendo la resistencia en un gran nosotros.

Libro equilibrado y erudito, *Ecos de la Guerra entre México y los Estados Unidos*, ilumina una de las zonas más oscuras de nuestra historia y nos permite explicarnos las razones de la derrota de México: un país gobernado por un dictador, sumido en la bancarrota, donde los políticos dirigían gavillas de asaltantes, y otro país cuya finalidad, el destino manifiesto, es el de llevar “su de-

mocracia” al mundo. Nada de lo que nos muestra este libro ha perdido vigencia, desde las justificaciones norteamericanas para llevar a cabo sus acciones—hay que pensar en Irak— hasta la corrupción de nuestros políticos. La guerra de 1847 fue una especie de experimento de laboratorio: en ella están ya contenidos todos los elementos de lo que hoy padecemos. Clara muestra lo que Aristóteles nos enseñara hace más de dos milenios: que la Historia es la madre de la verdad. Las heridas están ahí, todavía abiertas y expuestas. Las relaciones entre México y los Estados Unidos han sido y son hoy de lo más delicadas y contradictorias. El choque cultural de dos formas de estar en el mundo aparecen presentes hoy como hace ciento cincuenta años. Sólo mediante un ejercicio de memoria histórica como el que nos propone *Ecos de la Guerra entre México y los Estados Unidos* será posible traer a la luz la memoria reprimida y nos permitirá recordar aquello que por doloroso y vergonzoso—por parte de ambos países— nuestros gobiernos se niegan a afrontar: nuestro destino conjunto, inevitable y necesario. **U**

Texto de la presentación del libro *Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos* que se llevó a cabo el pasado 20 de octubre de 2005 en el Museo de las Intervenciones.



Batalla de Veracruz, 22-29 de marzo de 1847, litografía